

temas metafísicos; es un cuerpo político y popular encargado de hacer respetar, no solamente los derechos, sino también el carácter del pueblo francés. ¡No en vano ha proclamado la declaración de los derechos del hombre en presencia del Sér Supremo! El ateísmo es aristocrático. La idea de un gran Sér que vigila sobre la inocencia oprimida y que castiga el crimen triunfante es popular.»

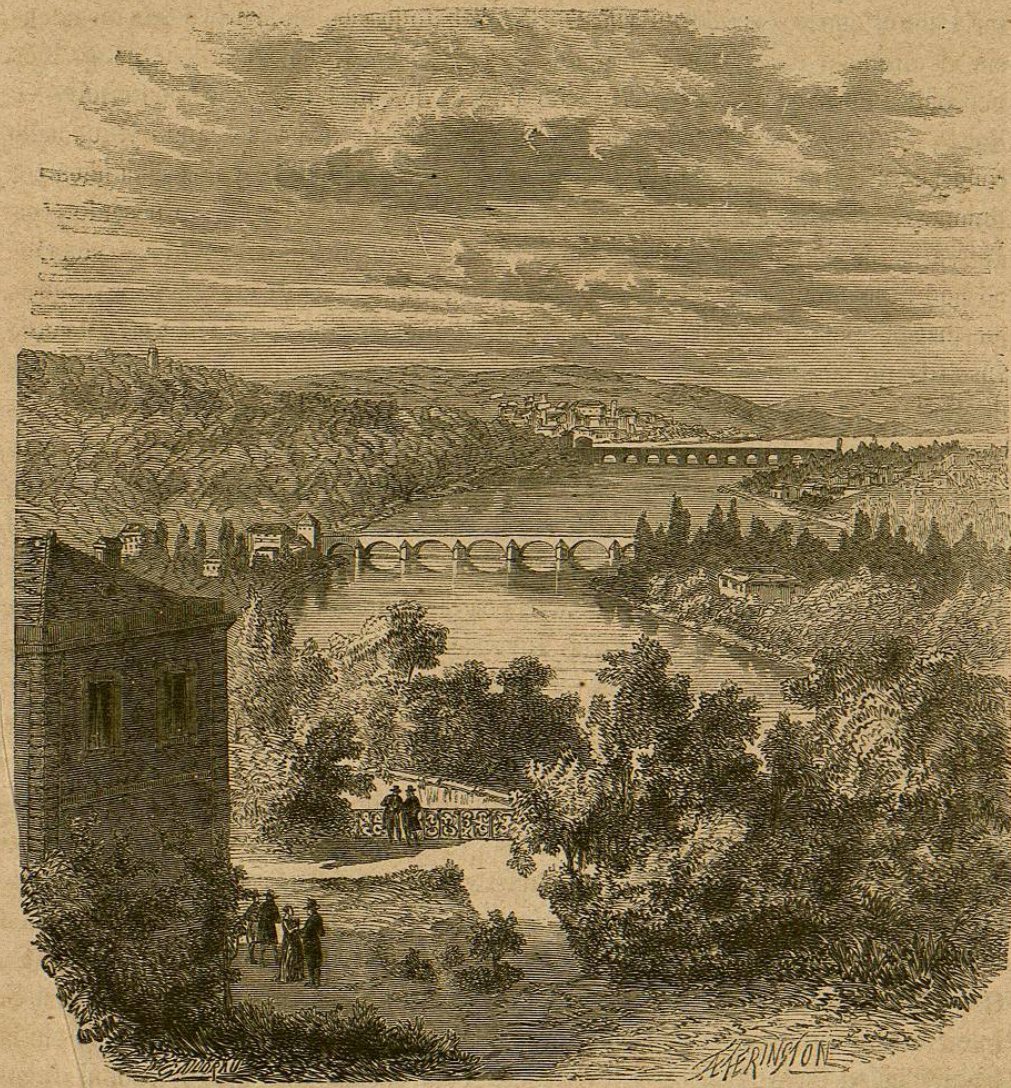
Los jacobinos de la clase indigente aplaudieron este discurso. Robespierre continuó: «El pueblo, los desgraciados me aplauden; si yo encontrase censores aquí, sería entre los ricos y entre los culpables. Yo no he cesado un día, desde mi infancia, de abundar en las ideas morales y políticas que acabo de exponer. Si Dios no existiese, sería preciso inventarle... Hablo en una tribuna—continuó—en donde un impudente girondino osó calificarme de criminal por haber pronunciado la palabra Providencia; ¿y en qué tiempo? Cuando con el corazón ulcerado por todos los crímenes de que éramos testigos y víctimas, cuando vertiendo lágrimas amargas por el pueblo eternamente engañado, eternamente oprimido, trataba de elevarme por cima de la turba de conspiradores de que estaba rodeado, invocando contra ellos la venganza celeste en defecto del rayo popular. ¡Ah! En tanto que exista la tiranía, ¿cuál será el alma enérgica y virtuosa que no apele en secreto de su triunfo sacrílego á esa justicia eterna que parece haber escrito en todos los corazones el decreto de muerte de todos los tiranos? A mí me parece que el último mártir de la libertad exhalaría su alma con un sentimiento más dulce descansando en esta idea consoladora. Este sentimiento es el de Europa, el del universo y el del pueblo francés. ¿No veis el lazo que os tienden los enemigos ocultos de la república y los emisarios de los tiranos extranjeros? Los miserables quieren justificar de este modo las groseras calumnias cuyo descaro reconoce toda Europa, y hacer se separen de vosotros, por las prevenciones y por las opiniones irreligiosas, aquellos á quienes la moral y el interés común atraen á la sublime y santa causa que defendemos».

Robespierre pidió la expulsión de Proly, de Dubuisson y de Pereyra. La expulsión fué decretada. Robespierre, oído al principio con admiración y después con frialdad, había batido á Hebert y Chaumette, batiendo el ateísmo. Sacó este hombre sus fuerzas de su gran valor, y sus rayos de aquel instinto eterno del alma humana que atestigua la presencia de un Dios. Al poner á Dios de manifiesto, Robespierre se creaba á sí mismo y á la revolución una conciencia y un juez. Si hubiera sido un malvado vulgar, habría buscado el modo de ocultar al pueblo la luz divina, en lugar de hacerla revivir en él. En su discurso jugó su popularidad contra su profesión de fe.

Vencido aquel día el partido de Hebert en los Jacobinos, se vengó en la municipalidad, ejerciendo actos atroces de intolerancia contra la libertad de cultos. Danton habló en la Convención contra aquellos perseguidores, pero como un hombre político que quiere se respete un hábito sagrado del pueblo, y no como filósofo que es el primero en adivinar la más alta idea del espíritu humano. Aquella identidad, sin embargo, de animadversión común contra Hebert y Chaumette unió por un momento á Robespierre y á Danton.

El primero continuó reuniendo á los jacobinos contra los energúmenos de la municipalidad, y denunciando á los intrigantes y á los exagerados. «En el movimiento súbito y extraordinario en que nos hallamos,—dijo,—tomaremos todo lo

que el pueblo puede confesar, y rechazaremos todos los excesos por los cuales nuestros enemigos quieren deshonorar nuestra causa. Se trata de agitarnos y dividirnos socolor de las querellas religiosas, y nosotros las ahogaremos. Confundiremos al ateísmo y respetaremos las creencias sinceras.» Intimidado Hebert por el valor de Robespierre, se desmintió á sí mismo y fingió reprobar por un momento las persecuciones y los escándalos que él había promovido. Chaumette hizo lo mismo en



Habitación de Danton en Sevre.—Pág. 304.

el Consejo municipal. El comité de salud pública aprovechó aquel terror de los hebertistas para proclamar por boca de Robespierre los principios de gobierno en una respuesta á los manifiestos de los reyes coligados contra la república.

V

Las depuaciones continuaron en los Jacobinos, como se había decidido en la sesión precedente. Todos los miembros fueron citados uno después de otro, y tuvieron que sufrir un exámen público de sus opiniones y de su vida.

Al momento en que Danton compareció para dar cuenta de sus acciones, un

murmullo de animadversión corrió por la sala. Danton se turbó un momento, pero después, armándose de la imperturbabilidad de una virtud que no tenía, dijo: «He oído rumores, y ya sé que han circulado denuncias graves contra mí. Pido, en fin, justificarme ante el pueblo. Intimo á todos los que han podido concebir sospechas en contra mía á que precisen sus acusaciones, porque quiero responder en público. He experimentado una especie de desfavor al presentarme á la tribuna. ¿He perdido acaso los rasgos que caracterizan las facciones de un hombre libre? ¿No soy el mismo Danton que se encontró á vuestro lado en todos los momentos de crisis? ¿No soy el mismo á quien habeis abrazado con frecuencia como á vuestro amigo, y el que debe morir con vosotros? He sido uno de los más intrépidos defensores de Marat, é invoco la sombra del *amigo del pueblo*. Os aturdiréis cuando yo os haga conocer mi conducta privada, al ver que la colosal fortuna que mis enemigos me suponen se reduce á una pequeña porción de bienes que siempre he poseído. Desafío á los malintencionados á que me prueben ni un crimen. Todos sus esfuerzos no podrán conmoverme. Quiero estar en pié confundido entre el pueblo, y vosotros me juzgareis en su presencia. Yo no rasgaré ni una página de mi historia, así como vosotros no rasgareis las de la vuestra, que debe inmortalizar los fastos de la libertad».

Después de este exordio, que rompía, por decirlo así, el sello que hacía mucho tiempo había puesto á su alma, Danton se abandonó á una improvisación tan acumulada y tan rápida, que la pluma fué impotente para seguirla y notarla. Pasó revista á su vida, y se hizo un pedestal con sus actos revolucionarios, desde el cual desafió á sus calumniadores, y concluyó por pedir que se nombrasen doce comisionados para examinar su conducta. Un religioso silencio acogió esta súplica. Se veía que el pueblo, conmovido por su elocuencia, creía más en su genio que en su conciencia.

Robespierre podía con una sola palabra precipitar ó elevar á Danton; conoció que se necesitaba de este hombre para equilibrar la popularidad de Hebert. Salvándole, quiso mostrarle que podía perderle. Subió á la tribuna, no con la lentitud reflexiva que acostumbraba usar ordinariamente cuando quería tomar la palabra, sino con la precipitación de un hombre que va á parar un golpe próximo ya á descargar. «Danton,—le dijo apostrofándole con voz severa,—¿pides que se precisen las quejas que hay contra tí? Nadie levanta la voz, y yo lo voy á hacer. Danton, de lo que te se acusa es de haber emigrado; se ha dicho que habias ido á Suiza, que tu enfermedad era fingida para ocultar al pueblo tu fuga. Se ha dicho que tu ambición era ser regente de Luis XVII; que en cierta época, todo estaba preparado para proclamar tu dictadura; que eras el jefe de la conspiración; que ni Pitt, ni Cobourg, ni Inglaterra, ni Austria, ni Prusia eran nuestros más peligrosos enemigos, que tú eras á quien más debía temerse; que la Montaña estaba llen de cómplices tuyos, y en una palabra, que era necesario degollarte. La Convención—prosiguió Robespierre—sabe que no estoy de acuerdo con las ideas de Danton; que en el tiempo de las traiciones de Dumouriez, mis sospechas se habian adelantado á las tuyas. Entonces yo le eché en cara el no haber perseguido á Brissot y á sus cómplices con más vehemencia. Juro que éstos fueron los únicos cargos que le hice... Danton, ¿no sabes—prosiguió el orador con una voz casi aterrecida—que cuanto más valor y patriotismo tiene un hombre, tanto más se encarnizan en su

pérdida los enemigos de la causa pública? Los enemigos de la patria parece que me colman de elogios exclusivamente, pero yo los rechazo. Detrás de estos elogios, yo no veo sino el puñal con que se ha querido degollar á mi patria. La causa de los patriotas es solidaria. Tal vez me engañe respecto á Danton, pero visto en familia no merece sino elogios. Le he observado también bajo el aspecto político. Una diferencia de opinión entre él y yo me le ha hecho espiar con cuidado, y algunas veces hasta con ira. Danton quiere que se le juzgue, tiene razón; pero yo pido que se me juzgue á mí también. Que se presenten esos hombres que pretenden ser más patriotas que nosotros.»

Este testimonio salvó á Danton, pero no le hizo recobrar su perdido crédito. Esto era lo que quería Robespierre. Le hacía falta Danton como protegido, no como igual, porque tenía necesidad de aquella voz en la Montaña para batir á la municipalidad. Sometida ésta, y reducido Danton á un papel subalterno en los Jacobinos, se vería obligado á servir ó á temer. Robespierre no usó de los mismos miramientos ni de los mismos artificios con los demás miembros exagerados ó corrompidos de la Convención que dominaban en los Jacobinos ó en los Franciscanos. Habiéndole llegado el turno á Anacharsis Klotz, *el orador del género humano*, exclamó Robespierre: «¿Podemos mirar como patriota á un barón alemán? ¿como demócrata á un hombre que tiene cien mil libras de renta? ¿como republicano á un hombre que sólo trata con los banqueros extranjeros y con los contrarrevolucionarios enemigos de Francia? Klotz, pasas tu vida con los agentes y los espías de las potencias extranjeras (Proly, Dubuisson y Pereyra), eres un traidor como ellos, y es menester vigilarte. Ciudadanos, vosotros le habeis visto tan pronto á los piés del tirano y de su corte, como de rodillas ante el pueblo. Ha hecho la corte á Brissot, á Dumouriez y á la Gironda. ¿Quería que Francia atacase al universo! Ha publicado un folleto titulado *Ni Marat ni Roland*. Ha dado un bofetón á Roland, pero ha dado otro más ultrajante á la Montaña. Sus extravagantes opiniones, su obstinación en hablar de una república universal para inspirarnos el furor de las conquistas, son otros tantos lazos tendidos á la república para darle por enemigos á todos los pueblos y á todos los elementos. También ha fomentado el movimiento contra el culto. Sin embargo, Klotz, te conocemos perfectamente. Todos nosotros sabemos las visitas nocturnas que has hecho á Gobel, obispo de París. Sabemos también que, cubierto con las sombras de la noche, has preparado allí en unión de Gobel aquella mascarada filosófica. Ciudadanos, ¿mirareis como patriota á un extranjero que quiere ser más demócrata que los franceses, y á quien se ha visto tan pronto encima como debajo de la Montaña? Porque jamás Klotz estuvo con ella. ¡Ah! ¿Qué podemos hacer nosotros estando rodeados de enemigos que se introducen en nuestras filas para combatirnos? Ellos se cubren con una máscara y nos destrozan, y nosotros sentimos el golpe sin ver la mano que lo ha dado. Estamos perdidos; nuestra misión ha concluido. Nuestros enemigos, fingiendo colocarse más allá de la cúspide de la Montaña, nos cogen por la espalda para asestarnos golpes más mortales...» En seguida, enterneciéndose hasta verter lágrimas, y parodiando las palabras de Jesucristo en su agonía, dijo: «¡Vednos, porque la muerte de la patria no está lejana!»

El infortunado Klotz, cabizbajo al pié de la tribuna y agobiado bajo el peso de la acusación de Robespierre, no se atrevió siquiera á decir una palabra para

apartar de sí la animadversión general. Fanático sincero y adicto á la república, Klotz no era, sin embargo, culpable sino por sus relaciones con los hombres corrompidos de la Convencion, tales como Fabre y Chabot, y con los demagogos materialistas del partido de Hebert. Sobre todo lo era á los ojos de Robespierre por la proclamación de la república universal, que amenazaba á todos los tronos y á todas las nacionalidades. Robespierre, que siempre habia querido paz con los extranjeros, continuaba queriéndola. Sacrificandó á Klotz como á un insensato y como á un ateo, creía quitar la piedra de escándalo entre Europa y la república francesa. Robespierre no queria más conquistas que las de las ideas.

La indulgencia política con que habia cubierto á Danton se extendió á Fabre d'Eglantine, poeta y cortesano del pueblo, y cuya súbita fortuna hacía sospechar de su probidad.

Camilo Desmoulins, otro de los clientes de Danton, tuvo necesidad tambien de que se le excusase por la compasion que habia mostrado en el tribunal revolucionario cuando la condenacion de los girondinos. «Es verdad—dijo Camilo Desmoulins—que tuve un movimiento de sensibilidad en el juicio de los veintiuno. Pero los que me motejan, están muy léjos de encontrarse en la misma posición que yo. Quiero á la república, pero me he engañado respecto á muchos de sus hombres, tales como Mirabeau y Lameth, á quienes yo creía unos verdaderos defensores del pueblo, y que han concluido por engañarle. Una fatalidad extraña ha hecho que de sesenta personas que han firmado mi contrato matrimonial, no me queden más que dos amigos vivos: ¡Robespierre y Danton! Los demas, ó están fugitivos ó guillotinos. De este número eran siete de los veintiuno. Siempre he sido el primero á denunciar á mis propios amigos cuantas veces he visto que obraban mal. Yo he ahogado la voz de la amistad que me habian inspirado algunos grandes talentos.»

Esta excusa, tartamudeada tímidamente por Camilo Desmoulins, no calmó los rumores de los jacobinos. Robespierre se levantó para apaciguarlos. Amaba y menospreciaba á aquel jóven, arrebatado como una mujer y voluble como un niño.

«Es necesario—dijo Robespierre—considerar á Camilo Desmoulins en sus virtudes y en sus debilidades. Algunas veces tímido y confiado, con frecuencia animoso y siempre republicano, se le ha visto sucesivamente ser amigo de Mirabeau, de Lameth y de Dillon; pero tambien se le ha visto romper los ídolos que habia incensado. Yo le invito á proseguir en su carrera, pero tambien le exhorto á no ser tan versátil, y á que procure no engañarse en lo sucesivo respecto á los hombres que figuran en la escena política.» Esta amnistia de Robespierre cerró la boca á los amigos de Hebert, que querian herir á Camilo Desmoulins. Nadie se atrevió á proscribir al que Robespierre excusaba.

## VI

Entre tanto Vincent, Heron, Ronsin y Maillard, principales jefes de los Franciscanos, fueron presos por orden del comité de salud pública por una denuncia de Fabre d'Eglantine, y puestos al poco tiempo en libertad por un informe de Robespierre. Unicamente ocupado en la apariencia en asegurar el predominio del

gobierno sobre todos los partidos, Robespierre leyó en la Convencion un informe sobre los principios del gobierno revolucionario. Este informe arrojaba mucha luz respecto á sus planes y á los del comité.

«La teoría del gobierno revolucionario—decia en aquel escrito—es tan nueva como la revolucion que la ha engendrado. El objeto del gobierno constitucional es conservar la república; el del gobierno revolucionario es fundarla.

»La revolucion es la guerra de la libertad contra sus enemigos. La constitucion es el régimen de la libertad victoriosa y pacífica.

»El gobierno revolucionario debe á los buenos ciudadanos toda la proteccion nacional; á los enemigos del pueblo, la muerte.

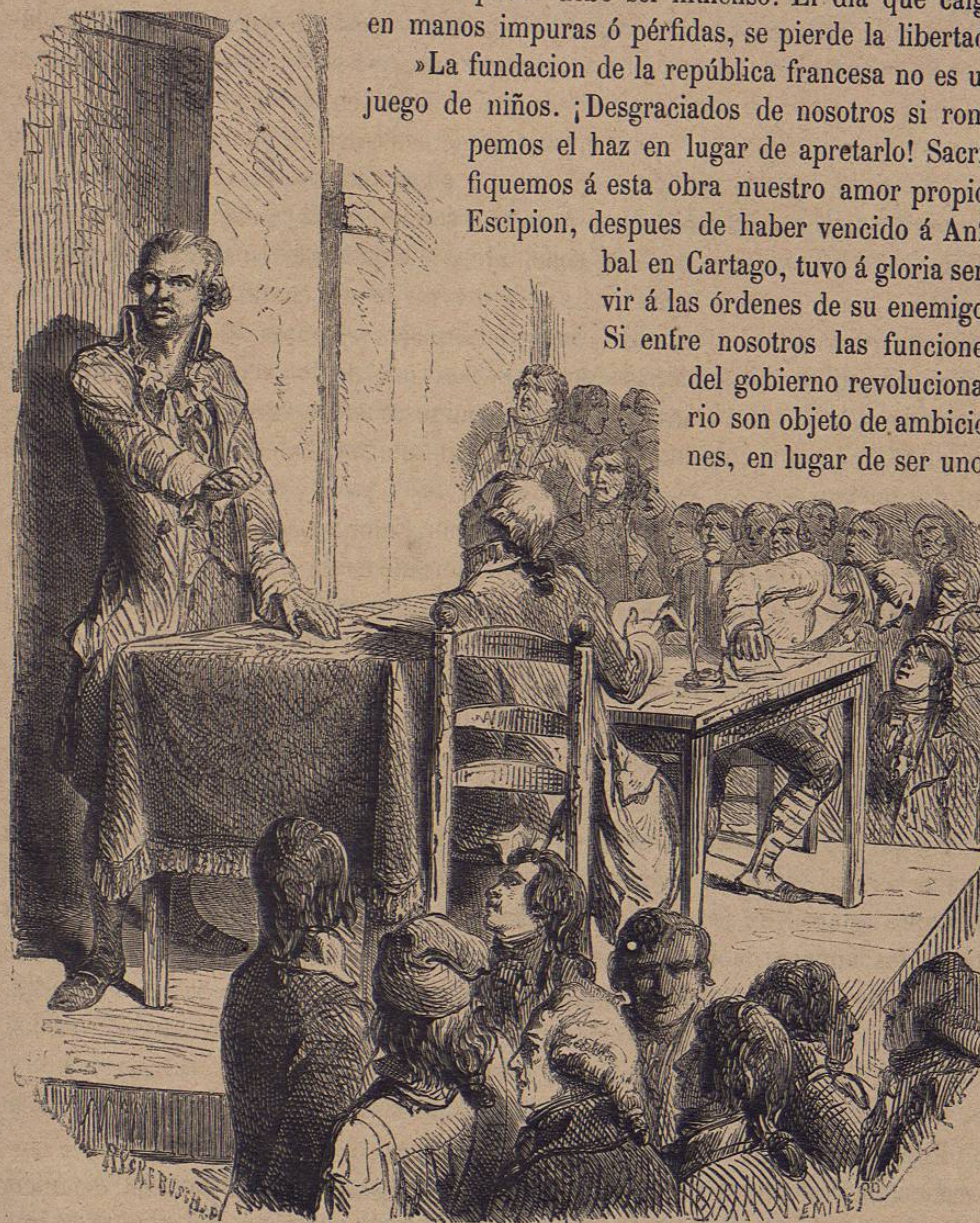
»Debe bogar entre estos dos escollos: la debilidad y la temeridad, la moderacion y el exceso.

»Su poder debe ser inmenso. El dia que caiga en manos impuras ó pérdidas, se pierde la libertad.

»La fundacion de la república francesa no es un juego de niños. ¡Desgraciados de nosotros si rompemos el haz en lugar de apretarlo! Sacrifiquemos á esta obra nuestro amor propio.

Escipion, despues de haber vencido á Anibal en Cartago, tuvo á gloria servir á las órdenes de su enemigo.

Si entre nosotros las funciones del gobierno revolucionario son objeto de ambiciones, en lugar de ser unos



Danton justificándose en los Jacobinos.—Pág. 310.